

Esclavos de la HEREDAD

Verdugos



NELVIS H. GHELFI



rōbalir

Nelvis H. Ghelfi

Esclavos de la Heredad

Verdugos



www.robilir.com

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recopilación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro medio, sin permiso previo por escrito del autor.

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

© 2019, Nelvis Haydée Ghelfi.

© 2019, Robalir

Primera edición digital: septiembre de 2020

Foto de tapa: Ana Francisconi, a través de Unsplash

Foto de contratapa: Levi Guzman, a través de Unsplash

ISBN: 978-987-47637-4-7

Contenidos

- 1 [Portada](#)
- 2 [Aviso legal](#)
- 3 [Contenidos](#)
- 4 [Prólogo](#)
- 5 [Capítulo I](#)
- 6 [Capítulo II](#)
- 7 [Capítulo III](#)
- 8 [Capítulo IV](#)
- 9 [Capítulo V](#)
- 10 [Capítulo VI](#)
- 11 [Capítulo VII](#)
- 12 [Capítulo VIII](#)
- 13 [Capítulo IX](#)
- 14 [Capítulo X](#)
- 15 [Capítulo XI](#)
- 16 [Capítulo XII](#)
- 17 [Capítulo XIII](#)
- 18 [Capítulo XIV](#)
- 19 [Capítulo XV](#)
- 20 [Capítulo XVI](#)
- 21 [Compartí tu opinión sobre el libro](#)
- 22 [Sobre la autora](#)
- 23 [Otros libros de la autora](#)
- 24 [Robalir Editora](#)
- 25 [Datos del ebook](#)

Prólogo

Si Gabriela Cabezón Cámara nos revolucionó cuando le puso voz a la mujer del Fierro en *Las Aventuras de la China Iron*, Nelvis H. Ghelfi da un paso más y en su obra *Esclavos de la Heredad: Verdugos* les da a las mujeres protagonistas mucho más: les da armas, sed de justicia, ansias de libertad. Todo ello en una época donde la crisis económica del 1929 decanta, como un río bajo, los sedimentos de una gran crisis moral e institucional que pareciera que siguen generando que hasta el día de hoy la Argentina se encalle.

«La muerte es cosa de mujeres», dijo alguien que ve pasivamente los preparativos. ¡La vida es cosa de mujeres! ¡La lucha es cosa de mujeres! Mujeres empoderadas que buscan ser quienes accionen la historia, la propia historia y la de todas.

Aurora, Inés y Tuna se encuentran, cada una en su lucha, pero que no deja de ser la misma de todas: contra las violencias que sufrimos por nuestro género. Atravesadas por sus trayectorias personales, con errores, amores y desamores, y por sus orígenes van construyendo esta intrigante trama que a través del puño de Nelvis se torna cinematográfica, corpórea. Donde el movimiento de la narración y las sensaciones trasciende el papel y nos envuelve.

Una novela impecable, con una reconstrucción de la época que la hacen tan cercana y palpable. Donde la alcurnia y los arribistas, muestran sus resabios de haber frustrado el sueño de un real crisol de razas, y tratan de persistir ante los movimientos históricos; donde negras y negros, indias e indios, inmigrantes y sus hijos puján por un futuro mejor y

propio, en la larga antesala para alcanzar lo que alguna vez será justicia social.

Una novela histórica que constantemente nos transpola al presente. Una obra atrapante que invita a saborear cada una de sus páginas y a empatizar con las mujeres de esta historia.

Bienvenidos a la segunda parte de la trilogía Esclavos de la Heredad: Verdugos, anímense a vivir intensamente la mágica escritura de Nelvis H. Ghelfi.

Mariela Guadalupe Colla

Octubre de 2019.

Capítulo I

Leía y trataba de memorizar, direcciones, números telefónicos de clientes, de la época en que ella administraba el negocio, pero no hallaba coincidencia alguna con los números que había transcripto en el pequeño papel que tenía en su mano. No lograba imaginar qué significaban esas cifras.

Su cabeza era un torbellino que la arrastraba de un pensamiento a otro, de un hecho a otro, sin darle tregua. La llevaba desde los días tranquilos en Santa Fe, a los caóticos momentos del velorio; desde las amargas noches de soledad a la maravillosa y única noche de su vida; desde los tiempos de su infancia a los terribles días de su enfermedad, y todo se mezclaba.

Debía tomar aire, estos pensamientos no la dejaban ver con claridad, necesitaba aire. Salió a la calle, sin rumbo fijo y se encontró pensando en los Ajtel.

Iría a visitarlos, tal vez podría enterarse por qué ya no hacían compras en sus almacenes como antes.

El Once estaba tal cual lo había dejado un par de años atrás, nada se había modificado; lo mismo que la casa de Ivri Ajtel y sus hijos.

Admiraba a esa familia, padre e hijos siempre unidos, trabajando para el bien común, la admiraba y envidiaba a la vez, porque ella nunca fue una con sus hermanos, tampoco con sus padres.

Pero no siempre lo que se deja ver es la verdad, eso lo había aprendido hacía tiempo ya.

La recibió Jasid, el hijo mayor de Ivri. Aurora se alegró por ello, era con él con quien siempre trataba en el comercio, mientras sus padres hablaban y discutían calidad y cantidad de telas, ellos discutían cantidad de números y calidad de descuentos.

— *Tate* cuenta sus días con los dedos de las manos, y pronto comenzará a contar sus horas así, está postrado desde hace un año ya.

—Lo lamento Jasid, no estaba enterada. ¿Sufre mucho?

—Sí Aurora, mucho es el sufrimiento que soporta para poder partir. Tu padre y tu madre han sido beneficiados por *HaShem* en ese sentido.

—Sí, tal vez...

Aurora bajó la vista y guardó silencio, tratando de encontrar las palabras adecuadas para girar la conversación al motivo de su visita, sin que se estropee el encuentro, temía que su lengua fuera demasiado incisiva.

Pero Jasid la conocía desde hacía mucho tiempo.

—¿A qué has venido señorita Aurora?

Auri se revolvió en el asiento, no sabía cómo empezar.

Jasid sonrió. Cuando trató con ella la primera vez, ya era un hombre hecho y derecho, y con una familia formada, sin embargo admiró desde el principio la entereza de la joven y la seriedad con que trabajaba. Tiempo después y en varias ocasiones, deseó tener unos años menos y estar soltero para agasajarla, a pesar de su rostro. Hubieran hecho grandes cosas juntos; de todas maneras ese aprecio lo volcó hacia su lado paternal.

—¿Qué sucede Aurora? Vamos, sé valiente y dilo. ¿O es que tu reclusión también dominó tu espíritu?

—Un poco sí —contestó Aurora con una sonrisa—, y tal vez con el tiempo lo domine, pero el accidente de mis padres me hizo regresar.

—Sí, el accidente de tus padres... —ahora fue Jasid quien bajó la vista—, fue algo, algo...

—¿Impensado? —preguntó Aurora, fijando su mirada en el rostro del hombre que aún lo tenía bajo.

Jasid, se puso de pie.

—Aurora —dijo mirándola desde lo alto—, ¿cuánto hace que nos conocemos?

—Mucho tiempo ya.

—Sí mucho tiempo, y nos hemos sentado frente a frente a discutir números, cifras, y siempre hemos llegado a un acuerdo pacífico y justo, a pesar de tu carácter —dijo con una sonrisa—, porque siempre hemos sido honestos entre nosotros. Era un gusto comerciar con tu padre y contigo, aunque a veces salíamos perjudicados, sabíamos que nos hablaban con la verdad y el tiempo nos demostraba que no nos engañaban. Ahora...

Jasid guardó silencio.

—Decime Jasid —dijo Aurora, obligándolo a sentarse—, en honor a esos tiempos, ¿creés que fue un accidente?

Presionó con fuerza la mano del hombre.

—La verdad, Jasid, como en esos tiempos, solo te pido la verdad.

—No, no lo creo —dijo compungido— y no lo creeré jamás. ¿Por qué me preguntas eso?

Aurora palmeó la mano del hombre.

—Porque yo tampoco lo creo, gracias por tu sinceridad Jasid. ¿Por qué ya no comercian con nosotros? He estado

revisando los libros y he descubierto que hace casi un año que no les vendemos nada.

—Desde que tu cuñado tomó las riendas del negocio, ya no éramos bien recibidos allí. Mientras *tate* aún andaba, a veces lograba alguna compra a través de don Apolonio, pero muy poco beneficio sacábamos de eso. A pesar de que en sus almacenes siempre se encontraba la mejor calidad, a la hora de pagar, las cifras se duplicaban, no era lo pactado con tu padre, entonces ya se nos hizo imposible comprar.

Volvió a bajar la cabeza, pero Aurora lo instó a continuar presionando su brazo.

—Cuando *tate* cayó en cama, tu padre vino a visitarlo, se lo veía cansado, afligido. Pero eso es todo lo que puedo decir. Ya no nos acercamos al lugar.

—Lo lamento mucho Jasid.

—Sí, lo sé, nosotros también.

—Después *tate* se enteró de la muerte de don Apolonio y nos envió a darles las condolencias a la familia, pero solo por los viejos tiempos, ya nada nos unía a los Espasa. Me hubiera gustado saludarte ese día, pero como te dije, tampoco allí fuimos bien recibidos y nos retiramos lo más rápido posible, no queríamos una humillación en público.

—Sí, puedo imaginarlo; solo una pregunta más Jasid —dijo Auri, sacando del bolso el papel con los números—, he encontrado muchos errores en los libros contables, errores que detecto porque he trabajado en ellos vos lo sabés. Quiero saber de dónde provienen, pero no tengo mucho tiempo.

Jasid la miró intrigado.

—Como ustedes —continuó Aurora—, tampoco yo soy bienvenida en la casa paterna y tengo los días, o tal vez las

horas contadas allí, ya que ni mis hermanos ni mi cuñado saben que aún estoy en la casa, solo Rufina.

—Pregunta entonces y no pierdas tiempo.

—He encontrado al dorso de unas facturas, escrito en lápiz, apenas perceptibles, estos números —dijo entregándole el papel—, ¿sabés qué podrán significar?

Jasid tomó el papel y lo escrutaba.

—¿Serán números telefónicos, direcciones o qué?

—Mmm..., no podría asegurarlo con certeza, Aurora, pero si me permites, los copio, tal vez más tarde memorice algo o se me ocurra alguna pista para seguirlos.

—Está bien —dijo Aurora poniéndose de pie—, me sería de gran ayuda y te lo agradezco mucho. Es hora de marcharme, saluda a tu *tate* y tu *bruder* por mí.

—No te olvidaste de las palabras que me copiabas en nuestro idioma —dijo riendo Jasid—, pero tu pronunciación es imperfecta. Mejor habla castellano ¿quieres?

También Aurora rió.

—¿Y te burlás de mí? Tu castellano es bastante áspero y no creo que mejore.

—Así me gusta oírte *meydl*, agresiva pero honesta como en los viejos tiempos.

—Gracias Jasid por tu ayuda.

Se dirigían a la puerta de calle, Aurora se detuvo.

—Una pregunta más.

Jasid sonrió, era la misma Aurora de siempre, sus preguntas no pararían jamás si se le permitía.

—¿Otra más? Está bien, escúpela.

—¿Qué es la Migdal?

El rostro de Jasid, se contrajo, esa no era una buena pregunta. Titubeó un instante que no se le pasó por alto a Aurora.

—Es la Sociedad de Socorros Mutuos, Sinagoga y Cementerio Migdal.

—Ahh, gracias —dijo Aurora decepcionada intentando salir. Jasid la tomó del brazo.

—No te metas con la Migdal Aurora.

—¿Por qué, qué sucede?

—¿Es que ya no lees los diarios *meydl*?

—Desde que estoy en Santa Fe, estoy alejada de todos los acontecimientos que antes podían interesarme. ¿Por qué te inquieta que pregunte por ella?

—Lee los diarios y si no entiendes todavía, averigua qué significa *curve*.

Aurora volvió a presionar la mano de Jasid, en señal de agradecimiento.

—Lo haré Jasid.

Apenas se hubo cerrado la puerta de calle, apareció en la sala la esposa de Jasid.

—¿Por qué le dijiste eso a esa mujer?

—Puedo omitir, pero no mentir Bitia.

—¿Es que no piensas en tu familia, en tu hermano?

— *¡Shtil. Mein bruder iz toyt Bitia!* Ya no tengo hermano.

Aurora se apuraba por las calles de Buenos Aires, pronto atardecería, el estado de sitio se cumplía a rajatablas, y por nada del mundo quería más problemas.

Sus pasos se aceleraban a medida que rememoraba la conversación que tuvo con Jasid, y supo que había mucho más significado en los silencios que en las palabras. Hubiera querido preguntarle muchas cosas más, estaba convencida que había callado más de lo que dijo, pero no podía culparlo, el clima en que estaba inserto el país no era propicio para declaraciones peligrosas.

Llegó a la esquina de su casa y, como una delincuente vigiló la zona, trataba de averiguar si su familia estaba en la casa.

«¡Familia! —pensó con ironía—, ¿qué familia me espera si me tengo que cuidar de ellos?»

Meneó la cabeza, negándose a pensar.

«Ya no pienses más en eso. No servirá para aclarar las cosas, no servirá para revivir a papá y mamá.»

Llevaba la cabeza cubierta con un pañuelo oscuro, tomó valor y comenzó a caminar en dirección a la casa, pasó frente a ella y vio colgada en la ventana de la sala una cinta negra.

Respiró aliviada. Era la señal pactada con Rufina, los señores de la casa no estaban. Corrió hacia el interior, estaba atardeciendo y no tardarían en regresar.

Rufina la esperaba con una sartén de guisa en la mano.

—¡Por Dios Rufina —dijo Aurora quitándose el pañuelo—, me voy a tener que cuidar más de vos que del resto, cualquier día me vas a matar!

—Es que ese tipo aún no apareció y lo estoy esperando. ¿Le fue bien señorita?

—No lo sé, tengo mucha información pero no sé cómo utilizarla, muchos cabos sueltos Rufina.

Se sentó, estaba agotada, cansada de correr, de escapar, de esconderse, de cubrirse el rostro y de mezclar pensamientos dolorosos con otros más dolorosos aún. Estaba cansada y extrañaba Santa Fe, su casa de campo, sus frutales, su aire, su Nucha.

«Ojalá nunca hubiera llegado ese maldito telegrama», pensó.

Pero había llegado.

Suspiró.

Se puso de pie con energía, si quería volver con su Nucha, debía dejar de perder el tiempo y ponerse a trabajar.

—Decime Rufina, ¿acá se guardan diarios y periódicos viejos?

—Bueno, algunos, por un tiempo señorita. Los guardamos para utilizarlos en la cocina, ya sabe.

—Entonces traeme todos los que tengas, por lo menos hasta de un año atrás.

—¿Para qué?

—¿Qué te importa...

No concluyó la frase, recordó que era su única aliada en la ciudad y necesitaba de ella.

—Perdoname Rufina, estoy cansada.

—Yo solo pregunto para ayudar señorita. Yo también sé leer, no como usted, claro, me falta práctica pero puedo ayudar.

—Ya lo sé Rufina, soy yo la deslenguada, como decía mamá. Necesito los diarios para saber por qué Jasid dijo que no me metiera con la Migdal, dijo que leyera los diarios y ahí me iba a enterar.

—Muy bien señorita, yo se los busco y mientras tanto coma algo, mírese, tiene los cachetes desinflados, seguro que perdió peso en este tiempo, y debe mantenerse fuerte. Vaya a la cocina que hay unos bizcochos recién salidos del horno, deben estar calentitos todavía.

Rufina descolgó la cinta negra y se la guardó en el bolsillo del delantal; fue por los diarios y regresó con una pila bastante importante. La halló a Auri en la cocina con la boca llena de bizcochos y se alegró.

—¡Así me gusta señorita, como cuando era niña! Se llenaba la boca de bizcochos, escondía unos cuantos en los bolsillos y escapaba; su madre la regañaba, pero a usted no le importaba se los comía igual.

Aurora sonrió.

—¿Todavía te acordás de eso?

Rufina apoyó los diarios sobre la mesa y le acarició el cabello.

—De todo señorita, de todo me acuerdo todavía. ¡Eran tiempos tan felices!

—Ya está bien Rufina —dijo Aurora, atragantándose con los recuerdos—, no pensemos en eso ahora. Tenemos trabajo por hacer.

—Sí señorita, trabajemos ahora, ya volverán los días felices.

Aunque Aurora estaba convencida de que los días felices nunca volverían, no dijo nada, no tenía porqué quitarle la esperanza a Rufina.

Llevaron todo a la habitación de Aurora y comenzaron a revisar. Un par de horas después, cuando ya se le cruzaban las palabras de tanto fijar la vista, hallaron parte de un artículo del diario La Prensa, donde se refería en forma escueta a la denuncia de una mujer que había sido

explotada sexualmente, involucrando a la Zwi Migdal en la trata de blancas.

—¿Qué estoy leyendo señorita Aurora —dijo Rufina, sosteniendo el diario en sus manos que empezaban a temblar—, de esta Migdal hablaban esos desvergonzados?

—No hay otra —dijo Aurora.

—No puede ser, señorita.

—Sí que puede, y lo es. Escuchá esto —decía Aurora con otro trozo de diario—: «...contra la Zwi Migdal ha sido ampliada... ..acusaciones de trata de blancas constituidas por franceses, italianos y criollos —el trozo de papel estaba bastante deteriorado—, exterminar de una vez la Zwi Migdal, la organización más poderosa... poco se ha hecho hasta...» ¿Ahora te das cuenta de lo que estaban hablando?

Rufina se persignó.

—¡Dios mío! ¿Qué vamos a hacer?

—Seguir buscando Rufina, ya sabemos ahora qué es la Migdal, pero no sabemos cómo están involucrados Polito y Estanislao; debemos informarnos de todo y así nos será más fácil atar cabos.

Se escuchó el ruido de un motor ingresar por el costado de la casa.

Aurora apagó la luz.

—Andá a la cocina Rufina, que son ellos. Pará bien las orejas.

—Sí señorita.

Estaba saliendo, cuando Aurora la detuvo en voz baja.

—¡Rufina!

—¿Qué?

—Gracias por todo.

Rufina extendió sus labios en una amplia sonrisa y cerró la puerta.

Aurora quedó silenciosa y expectante detrás de la puerta.

Escuchó pasos sigilosos, cuchicheos, abrir y cerrar de puertas. El corazón le comenzó a latir con fuerza, estaban revisando la casa, pronto estarían en su habitación y la descubrirían. Y necesitaba más tiempo, unos días más o muchos, sabía qué quería encontrar pero aún no sabía cómo buscarlo. No, todavía no, necesitaba más tiempo.

Sintió el roce del picaporte y un tremendo ruido de latas y gritos, cerró los ojos, pensó que todo estaba perdido, que abrirían la puerta y la descubrirían. La habitación estaba revuelta, llena de diarios y comida; su maleta, ropa, todo la delataría, aunque se escondiese, y ya no podría vengar la muerte de sus padres.

Pero tras el ruido, escuchó la voz lastimera de Rufina que provenía de la cocina.

—¡Perdóneme señor Polito, me asustó, perdóneme!

El picaporte volvió a su sitio y oyó pasos alejarse hacia la cocina.

Aurora abrió los ojos sonriendo, Rufina le había asestado un golpe a Polito, pensó con gracia que por fin la mujer se había dado el gusto.

Respiró con tranquilidad y se acercó a la puerta para escuchar mejor.

—Pero, ¿qué carajo hiciste ¡imbécil!? —gritaba Estanislao.

—¡Señor Estanislao, perdóneme, perdóneme, es que estaba asustada! Hubo un hombre aquí todo el día espiando la casa.

Estanislao se puso blanco.

—¿Un hombre?... ¿quién era? —apenas si pudo articular.

—No lo sé señor, lo vi cuando volvía del gallinero, estaba husmeando en el galpón, yo hubiera ido a preguntarle qué quería pero me dio miedo cuando vi que tenía un arma en la mano, me escondí entre los yuyales del fondo hasta que se fue.

¡Con qué gusto le contaría después a Aurora, cómo iba cambiando el rostro de Estanislao y se iba descomponiendo de miedo! Seguía con el teatro:

—Yo corrí entonces hasta la casa, porque no se dio cuenta de que la puerta de la cocina estaba abierta y me encerré. Yo pensé que me venían a buscar y me iban a meter presa, como a los políticos y anarquistas esos ¿vio? Me contó Efrain, el lechero, que ayer nomás se llevaron a don Yrigoyen al calabozo, ya no se puede creer más en nada, y que ahora ya está en la Martín García, mire que todo se puso al revés y también me dij...

Pero Estanislao la cortó, quería saber del hombre no le importaba el presidente, eso estaba previsto.

—No me importa lo que te dijo nadie, decime, ¿qué hizo el hombre que encontraste en la casa?

—Bueno, yo me metí adentro de la casa y revisé que todo estuviera bien cerrado. No lo vi más, pero cerca del mediodía, lo vi apostado en la esquina esperando. Lo vi desde el despacho del finado don Apolonio, si uno se esfuerza, se ve la esquina y al rato nomás, lo vi pasar por la vereda de enfrente. Después no lo vi más, pero me asustó mucho señor Estanislao.

Rufina lagrimeaba.

—¡Dígame, qué está pasando, porque tengo mucho miedo!

Polito estaba recuperándose del impacto.

—¡Ayyy, me duele la cabeza!

Rufina se acercó a él con un trapo húmedo.

—¡Perdóneme señor Polito, pero estaba asustada! Porque...

—¡Ya está bien Rufina! —dijo Estanislao gritándole—, no vas a empezar a contar todo otra vez, mejor ayudame a llevarlo a la cama. Mantendremos la casa a oscuras así ese hombre, si es que en verdad quería meterte presa, creerá que no estás.

—¿Qué hombre? —Preguntaba Polito aturdido— ¿A quién va a meter preso?

—Callate y colaborá un poco —le decía Estanislao tratando de levantarlo—, ya te vas a enterar. Ahora te metés en la cama y descansás, el golpe fue muy duro.

—Yo le preparo un caldo y ya se lo llevo señor Polito.

—¿Por qué un caldo? Me golpearon la cabeza, no el estómago. Tengo hambre.

Estanislao estaba al borde de un ataque de nervios.

—¡Dejá de rezongar como un niño de pecho! Por una vez en tu vida, hacé algo sin quejarte. Te vas a acostar y Rufina te llevará de comer. Ahora dejame tranquilo que tengo que pensar.

Se metió en su habitación y puso llave a la puerta.

Rufina trasladó a Polito a su habitación y se puso a cocinar con una sonrisa en los labios. Había salvado a Auri de ser descubierta y se ufanaba de su perspicacia.

Entretanto, Aurora en su habitación, ya nada podía hacer. La casa estaba en silencio y no atinaba a moverse por miedo a hacer ruido; Estanislao estaría expectante a cualquier anomalía y no podía darse el lujo de ser descubierta.

Se recostó en la cama, revisó mentalmente toda la información que había acumulado en estos días.

Estanislao y Polito estaban metidos en el aberrante negocio de trata de blancas, y utilizaban el negocio de su familia como fachada. Hacían lo mismo que en la Migdal, sin embargo le temían. ¿Por qué?

La respuesta le surgió de golpe:

—Porque lo hacen a sus espaldas, ellos no compran la mercadería a la Migdal, se la roban.

Se sentó en la cama, aterrorizada, descompuesta ante el descubrimiento.

—Desvían la mercancía y la venden al interior, ¡oh Dios mío, no puede ser cierto, no debe ser cierto!

Trató de controlarse, pensar en que su hermano estaba metido en semejante delito, la exasperaba y temía no poder controlar su carácter, porque deseaba salir de esa habitación y golpearlo con todas sus fuerzas, escupirle en la cara todo su desprecio.

No le entraba en la cabeza, cómo había llegado a eso. Habían sido educados todos por igual, en la rectitud, la honestidad, las buenas costumbres y sin embargo algo había fallado. Siempre había pensado que la oveja negra de la familia era ella, ahora se daba cuenta que ella tan solo era un corderito.

Pero su hermano, si bien siempre fue un niño bueno, era cobarde, miedoso, nunca se hacía cargo de sus culpas, era capaz de mentir para salvarse de un golpe.

—No —se dijo—, él no es capaz de atreverse a tanto porque es un irresoluto, una gallina. Siempre le gustó disfrutar de los placeres de la vida pero, que caiga muerta si acceder tan rápido a esos placeres, no representan un peligro mayor a su pobre valentía. No, Polito fue inducido por Estanislao.

Se revolvía en la cama tratando de serenar su mente.

—¡Vamos Aurora —se decía—, serenate! Necesitás la cabeza fría, como cuando te enfrentás a quienes desprecian tu rostro, tranquila, que aún falta mucho por recorrer.

Tenía razón, estaban esos números. Debía averiguar qué significaban, tal vez Jasid la ayudara en esto, confiaba en él, siempre lo había hecho.

Desde la primera vez que trató con los Ajtel, su inclinación por Jasid fue evidente y ellos lo sabían, así que Ivri dejaba que arreglen los números entre ellos dos, pensaba que sacaría mayor provecho en las compras. Pero Jasid era un hombre honesto y más que aprovecharse de ella que, cuando comenzó a trabajar en el almacén, apenas si contaba con una buena inteligencia y la inexperiencia de los apenas diecisiete años, le mostraba los errores que cometería en desmedro de su negocio si obraba de tal o cual manera.

Ella confiaba en él, sin embargo, repasando los recuerdos de su última visita y al final de la misma, vio la tensión en el rostro del hombre. Y eso sucedió cuando nombró a la Migdal, tal vez solo fue un instante, pero algo había cambiado en Jasid y ella lo había notado...

Escuchó a Rufina arrastrar sus pies hacia la habitación de Polito.

«Le llevará la comida —pensó—, tal vez le saque alguna información».

Sonrió.

Buena sorpresa se había llevado con Rufina, siempre la vio como la cocinera, la sirvienta de la casa, jamás pensó en ella como una mujer capaz de ayudarla de la manera en que lo estaba haciendo, con tanta habilidad e inteligencia.

Si salía bien de esta situación, si lograba desenmascarar a esos dos desgraciados le alzaría un monumento.

Pero faltaba mucho por hacer, y cuánto más cerca creía encontrarse del objetivo, más se alejaba. Aún no estaba claro el motivo de la muerte de sus padres, ni quién lo había hecho, como tampoco lograba saber quién era ese Sariri. No, estaba claro que aún había mucho por hacer.

Volvió a escuchar los arrastrados pasos de Rufina, la divertía esa mujer, deslizaba los pies como una anciana, cuando ella la sabía una gacela aún. Era una verdadera actriz.

Tocó la puerta de Estanislao.

—Señor Estanislao —la oyó gritar—, ¿necesita algo? De lo contrario me voy a dormir.

La puerta de la habitación de Estanislao se abrió de golpe.

—Dejá de gritar vieja sorda —le increpó nervioso—, ¿quieres que ese hombre se entere que hemos vuelto? ¿Quieres que te mate?

—¡Nooo, claro que no señor Estanislao!

—¡Entonces dejá de gritar y andá a dormir de una vez!

—Sí señor, buenas noches señor Estanislao.

Los pasos desaparecieron y reinó el silencio otra vez.

Por más de una hora permaneció atenta a algún cambio, pero la casa parecía dormida y Aurora estaba exhausta de tanto pensar. Tenía la mente embotada, el cuerpo entumecido por lo desacostumbrado de su quietud y el corazón...

Se revolvió en la cama, no quería pensar en eso, pero ahí estaba y no tenía más opción que admitirlo: el corazón hecho añicos, destrozado.

Se maldijo por su estupidez, por querer saber qué se siente cuando se habla de amor, de felicidad. Ahora que lo sabía, se le haría más difícil soportar la soledad.

Se le cayó una lágrima.

Se la quitó de un manotazo, con furia, con desesperación.

—¡Te lo merecés por estúpida! —se dijo.

Cerró los ojos e intentó dormir, pero no podía, se obligó a pensar entonces, en todas esas mujeres que eran compradas, vendidas, engañadas, envilecidas, despojadas de toda dignidad y sin derecho a defenderse, postergadas y marginadas al desprecio social.

Se sintió descompuesta, sintió necesidad de vomitar. Buscó en la oscuridad el balde que Rufina le había entregado con tanta angustia y despachó todos los bizcochos que un par de horas atrás había comido recordando su niñez.

No tenía ningún derecho a sentirse desdichada, en tanto haya una sola mujer en el mundo que fuera destruida de esa manera. No, no tenía ningún derecho, porque al menos ella, todavía podía elegir...

La despertó el sonar del teléfono y los arrastrados pasos de Rufina. Eso significaba que Estanislao y Polito, aún se hallaban en la casa. Esperó atenta escuchar algo de la conversación.

Rufina seguía actuando, casi gritaba.

—¡Hola!

—...

—¡Sí señor!

—...

—¡No, el señor Estanislao ya salió, pero el señor Hipólito aún está en la casa! ¿Quiere que lo llame?

—...

—Bueno, yo le digo.

—...

—A usted señor, buenos días.

Cortó y arrastró sus pasos hacia la cocina. Aurora hubiera deseado salir y averiguar quién era, pero no podía, se tendría que aguantar hasta que Rufina le avisara.

No demoró mucho en enterarse.

Apenas desaparecieron los pasos de Rufina, que ya la descubrió golpeándole la ventana. Había rodeado la casa con una rapidez extraordinaria.

—¡Señorita, señorita despierte, es importante!

Aurora entreabrió la ventana.

—Era el señor Jasid Ajtel, dice que la espera a las once en Los Laureles. ¿Sabe dónde es?

—Sí, sí, ya me las arreglaré, no te preocupes.

En honor a la verdad, no sabía cómo llegar, pero se las arreglaría, eran apenas las nueve de la mañana, tenía tiempo. Comenzó a vestirse y media hora después se hallaba en la calle, había salido por la ventana, nadie la había visto.

Pensó que si continuaba así, se transformaría en una atleta en el arte de saltar por las ventanas.

Salir del barrio, ubicar un taxi y llegar a Los Laureles en Barracas, le consumió todo el tiempo. No era simple, por el